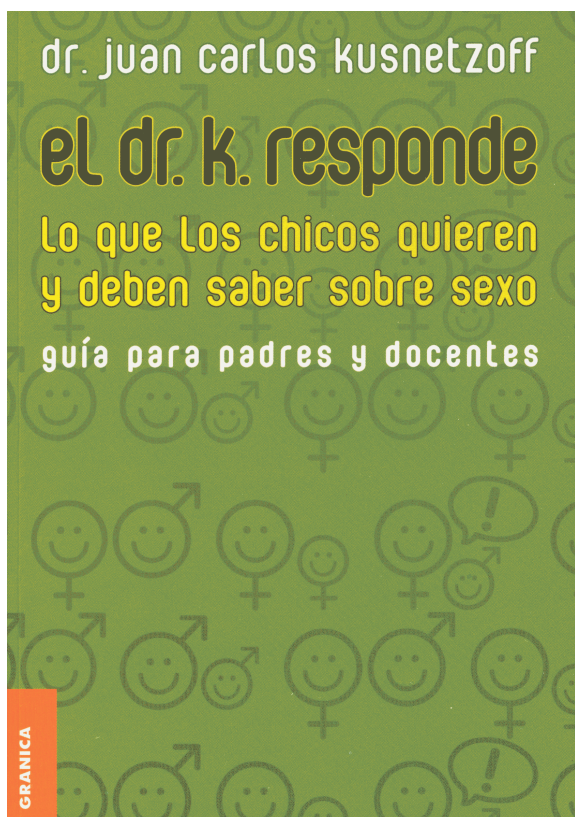


El Dr. K. responde

Lo que los chicos quieren y deben saber sobre sexo
Guía para padres y docentes

Por
Juan Carlos Kusnetzoff.

Ediciones Granica.



Buenos Aires.

**Primera edición:
2006.**

**Este material
es de uso
exclusivamente
didáctico.**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
ESE ANIMAL NO EXISTE.....	11
CAPÍTULO 1	
LAS COSAS POR SU NOMBRE, PERO...	
¿CUAL ES EL NOMBRE DE LAS COSAS?.....	21
CAPÍTULO 2	
EDAD PREESCOLAR: <i>VIVENT LES DIFFERENCES!</i>.....	27
CAPÍTULO 3	
PRIMER CICLO DE PRIMARIA: AFIANZANDO CRITERIOS.....	47
CAPITULO 4	
UN PUENTE DELICADO: ENTRE LA PUBERTAD y LA ADOLESCENCIA.....	63
CAPÍTULO 5	
CUESTIONARIO ADOLESCENTE (ESCUELA SECUNDARIA).....	95
CAPITULO 6	
BASE DE DATOS.....	127
BIBLIOGRAFIA.....	155

CAPÍTULO 2

EDAD PREESCOLAR: *VIVENT LES OIFFERENCES!*

"El rol de género es el conjunto de conductas esperables consideradas apropiadas para un sexo determinado (...), un modelo que circula anónima e invisiblemente."

Orlando Martín y Encarnación Madrid, Didáctica de la educación sexual, 2005.

La educación sexual inicial, que abarca desde el nacimiento hasta el ingreso en la escuela primaria, aunque se subdivide en por lo menos tres ciclos que permiten la aplicación de tres diferentes conjuntos de recursos, se basa esencialmente en ayudar al niño a:

- 1) interpretar, conocer y respetar su cuerpo;
- 2) apreciar y disfrutar del placer en un sentido amplio;
- 3) aprender a distinguir las caricias malintencionadas y defenderse de ellas;
- 4) iniciarse en el arte de dar y recibir amor (filial, paternal, fraternal);
- 5) reconocer signos de amor erótico y comprender que no puede ejercerlos;
- 6) establecer las diferencias entre los géneros masculino y femenino e identificarse con el que le corresponde, sin perder de vista el hecho de que tal cosa no determina privilegios, desventajas, limitaciones, atribuciones, superioridad o inferioridad para ninguno de los dos;
- 7) comprender, dentro de sus alcances, el fenómeno del embarazo y del parto;
- 8) manejar estímulos que lo exceden.

Todo esto se logra, durante la infancia propiamente dicha -es decir, el período en que el bebé aún no comprende ni domina el habla-, mediante la experimentación, el gesto, la muestra de modelos, los tonos de la voz (aunque no sepa qué están diciendo los adultos, el pequeño pronto aprenderá a reconocer los matices de afecto, consuelo, irritación, desaprobación, etc.); en la etapa siguiente, esto es, entre los 2 y 6 años de edad, se agregará progresivamente el lenguaje verbal, como se hace en el aprestamiento para cualquier otro aspecto de su vida y con los mismos niveles crecientes de complejidad con que se va dando respuesta a sus demás intereses. Cuando los padres no generan un clima de misterio y secreto en torno a un tema, este despertará el mismo grado de curiosidad que cualquier otro. Así, el chico preguntará con igual énfasis "por qué vuelan los pájaros" como "de dónde vienen los bebés". La táctica de la contestación también es una sola: así como para el primer caso no se entra en detalles sobre pesos específicos, aerodinamismo y ley de gravedad, sino que se dice "porque tienen alas", en la segunda situación se buscará una explicación sencilla, comprensible y contundente, por ejemplo: "de la panza de la mamá". La noción más importante a tener en cuenta a la hora de la verbalización es *no mentir ni eludir*: "los traen las cigüeñas", "no lo sé", "cuando seas más grande te lo voy a decir", "¿te gustaría comer una galletita?" son desafortunados errores cuya huella tarde o temprano se revelará bajo la forma de inseguridad, desconfianza o recelo.

El juego de las preguntas y las respuestas

El orden de los factores puede alterar el resultado

No siempre se puede responder una duda directamente. Muchas veces hacen falta conocimientos previos para comprender un hecho o el significado de una palabra. Padres y maestros pueden anticiparse a las preguntas que vendrán, preparando el terreno para que la respuesta sea debidamente interpretada, y de ello damos algunos ejemplos más adelante. Cuando la consulta nos toma por sorpresa, habrá que tener paciencia y empezar desde el principio, como sería en el caso de que, por ejemplo, sin conocer todavía el mecanismo del coito y el embarazo, un chico encontrara un preservativo y preguntara "qué es eso". La respuesta más rápida y fácil sería, naturalmente, "un preservativo", pero cualquiera se da cuenta de que no es lo que quiere saber el curioso, sino "para qué sirve".

Ni los chicos ni los grandes son infalibles

No debe basarse ninguna respuesta en supuestos conocimientos previos, ni de quien contesta, ni de quien interroga. Es posible que el chico no los tenga, no los haya comprendido bien o los haya olvidado, y los adultos no siempre tenemos tan claros los conceptos como para ser capaces de adaptarlos a la edad del investigador. Para salvar el primer inconveniente, se sugiere hacer un breve repaso de antecedentes antes de emprender el tema específico ("¿Te acordás de cuando hablamos de...?") y no avanzar en la explicación sin ir verificando la correcta interpretación de cada concepto ("¿Has entendido bien?, ¿qué te parece si jugamos a que ahora me lo expliques a mí?"). La inseguridad de los adultos es muy fácil de resolver: la táctica consiste en ser honestos y tomarse el tiempo necesario para pensar, consultar, verificar y encontrar el recurso adecuado, siempre avisando ("Enseguida te contesto"), y retomar el tema cuando se haya llegado a una decisión, aun si el niño parece haberse olvidado de lo que lo inquietaba. Las ambigüedades, errores o evasivas son peligrosas elecciones.

Cuéntalo de nuevo, Sam

Los chicos suelen repetir la misma pregunta, porque necesitan oír la misma respuesta, así como adoran oír varias veces la misma canción, o que les lean el mismo cuento, o ver la misma propaganda en TV, fundamentalmente porque desean probar, a través de la invariabilidad, la solidez del mundo que los rodea. Si entre una y otra demanda el adulto considera que ha habido una maduración, puede responder básicamente lo mismo (lo que será fácil, porque ha *simplificado* pero no mentido), pero además aprovechar la insistencia (siempre "haciendo pie" en la versión anterior), para ir agregando paulatinamente conceptos más complejos y ampliar el vocabulario.

El diálogo y el silencio

Un maestro de cuarto grado no espera a que sus alumnos le pregunten qué es la independencia para abordar el tema del 25 de Mayo. En casa, no se espera que el bebé pregunte qué son los pañales para iniciar el aprestamiento del control de esfínteres. Así como quienes elaboran los programas escolares han determinado qué contenidos deben impartirse en cada nivel y cuál es el enfoque al alcance de cada edad, los padres pueden determinar cuáles destrezas y "contenidos" deberían dominar sus hijos en cada etapa de su crecimiento, incluyendo los relacionados con la sexualidad, pregunten o no sobre ellos. Ante su aparente desinterés, es importante introducir los temas adecuados a cada edad, a través de juegos, cuentos, dibujos, etc., y recordar que muchas veces "preguntan" en silencio, como cuando investigan los genitales de su mascota, espían cuando alguien va al baño, o irrumpen en el dormitorio de papá y mamá si estos han cerrado la puerta. En ningún momento debe olvidarse, además, que la sola conducta de los adultos emite mensajes tanto o más claros que las palabras.

Mi cuerpo y yo

Las primeras percepciones que el recién nacido tiene de sí mismo son las sensaciones de *displacer* (hambre, frío, calor, dolor) y de *placer* (ser amamantado, abrazado, mecido). Una

firme convicción parental de que el placer es deseable y justo, y de que el displacer ha de ser aliviado o evitado, plantará tempranamente en el niño el germen de la autoestima positiva y de una buena relación con el propio cuerpo.

Durante el primer año de vida, en términos generales, el bebé aprecia y disfruta los baños de agua tibia (que de alguna manera le evocan su residencia fetal), las caricias, los suaves masajes, la "gimnasia" (cuando se lo ayuda, por ejemplo, a mover las piernas como si pedaleara en el aire, o a incorporarse y reclinarse sostenido de las manos), la succión (con frecuencia de sus propios dedos). Por supuesto, no todos son iguales, y algunos jamás adoptan el chupete, otros rechazan los masajes, etc.; tampoco todos llevan el mismo ritmo de desarrollo, y podría suceder que aquello que fascinaba al hermanito a los dos meses de edad, al segundo hijo le empieza a interesar a los cuatro, o nunca. Por cierto, el placer que el pequeño pueda obtener de sus sentidos está estrechamente vinculado con la calma y alegría con que los adultos se lo brindan o permitan, porque esto le explicará, aun no verbalmente, que las necesidades físicas y su satisfacción *no tienen nada de malo*: una madre que vive con ansiedad, temor o impaciencia el momento del baño, una abuela que trata de impedir que el nieto se lleve el pulgar a la boca "porque se va a deformar el paladar", una niñera apurada por terminar el "trámite" del biberón, o una encargada de guardería que se fastidia manifiestamente cuando tiene que cambiar un pañal, pueden transmitir emociones negativas relativamente perdurables.

Otro elemento a tener en cuenta en esta "educación sexual preliminar" es el respeto por la personalidad incipiente del bebé: aunque el libro de masajes infantiles de origen hindú, la revista especializada, o el manual de puericultura asegure que determinada maniobra es útil para conectarlo con el mundo, relajarlo, consolarlo o lo que sea, si este nene o nena en particular se ve incómodo o molesto con ella (aquí interviene la intuición y la observación de los padres, especialmente la mamá) no se debe forzarlo a aceptarla; se puede probar en otra ocasión, o ensayar una variante, pero si persiste el rechazo, convendrá confiar en sus preferencias y abandonar el intento. Si el adulto le demuestra que respeta su cuerpo, el mismo chico aprenderá a escucharlo y respetarlo. Más adelante, cuando tenga dos o tres años, probablemente se resista a ser besado por alguna tía en particular, o por los varones en general, o bien por cualquier desconocido: a veces se trata de un capricho, un intento de desafiar los límites, o un alarde de independencia que coincide con los comienzos de su autonomía motriz, pero otras veces tiene sus legítimas razones (otra vez, mamá y/o papá las sabrán desentrañar), como que algo de esa tía -su perfume, por ejemplo-, o la aspereza de la barba masculina, o una natural reserva de sus expansiones afectivas le hagan desagradables tales aproximaciones. Permitirle elegir con libertad a quién besar y por quién dejarse acariciar, qué clase de mimos hacer o recibir, lo ayudará -ahora y en el futuro- a hacerse cargo de su cuerpo y ser consciente de sus percepciones; a valorar las expresiones de amor legítimas y auténticas, y a distinguirlas -y esto es fundamental- de las malintencionadas, agresivas o abusivas.

Porque, lo mencionemos o no, la pedofilia o paidofilia, anómala atracción sexual que algunos adultos experimentan por niños -incluso bebés- de ambos sexos, que puede llevarlos desde el manoseo indecente hasta la violación¹ existe. No se trata aquí de alarmar innecesariamente, ni de inducir a la paranoia, sino de proponer una elemental prudencia. Sabido es que el ultraje sexual a chicos es cometido, la mayoría de las veces, por personas cercanas a ellos: parientes, maestros, amigos de la familia que han sabido ganarse su confianza y saben cómo amenazar o engañar a sus víctimas para que no los denuncien. La mejor manera de proteger a los niños es haber establecido con ellos desde el principio una comunicación franca, sin tapujos ni vergüenzas, y haberles demostrado que se confía en su criterio, de forma que, por un lado, les conste que *no serán desaprobados* por papá y mamá si se niegan a recibir o devolver determinadas clases de caricias (del mismo modo como manifiestan tranquilamente su disgusto por, digamos, comer zapallitos), y se sientan invitados a comentar -por supuesto, cuando ya saben hablar-, cualquier hecho que les resulte irregular, molesto o inadecuado. Esto

¹ Todo acto que vulnere o ponga en peligro la salud emocional o física de una persona es en sí un acto de violencia; sin embargo, la mayor parte de los abusos sexuales infantiles no son técnicamente violaciones, ya que no incluyen la penetración.

les resultará más evidente si se les ha indicado, al comienzo con los hechos, y con la palabra cuando sea posible, que fuera del médico, y papá o mamá cuando lo bañan, nadie tiene por qué tocar sus genitales, y que hay cierto tipo de demostraciones de afecto reservadas a las personas adultas entre sí. Antes del dominio del habla, si bien afortunadamente las estadísticas registran un ínfimo porcentaje de abuso sexual durante la primera infancia, la única prevención posible es no dejar completamente solo al bebé con terceros. Cuando sea indispensable encomendarlos al cuidado de alguien, si no se tiene la absoluta seguridad en esa persona, es preferible llevarlos a una guardería, donde habrá testigos todo el tiempo.

Para aproximadamente los 2 años, ya el mundo que rodea al pequeño le habrá inculcado, además, alguna noción de pudor, que no contradice la naturalidad, sino que establece el límite entre lo privado y lo público que le hace falta conocer para integrarse a la sociedad y proteger su intimidad: ha visto que la gente usa ropa, que cuando va al baño cierra la puerta; ha empezado él mismo a ser ayudado a vestirse, higienizarse y hacer sus necesidades fuera de la vista de personas ajenas; probablemente se le ha enseñado a golpear antes de entrar en el cuarto de papá y mamá.

Alrededor de esa misma edad, en coincidencia con el abandono de los pañales que mantenían inaccesibles sus genitales la mayor parte del tiempo, el niño comenzará a tocarlos. El hecho está relacionado con la exploración que viene ejerciendo desde los primeros días de vida tanto acerca de sus manos o pies, como de objetos externos que agarra, observa y chupa para identificarlos. Aunque la manipulación le produce sensaciones agradables, no tiene nada que ver con el erotismo, para el que no se halla preparado. Ni padres ni maestras jardineras deben darle a esto más importancia que la que merece la actitud de observar atentamente el juguete móvil sobre la cuna o la de masajearse la oreja.

Actividades para la casa y el jardín, a partir de la adquisición del habla

-Experimentación con los sentidos y aprendizaje de los nombres de las sensaciones:

- *gusto y olfato* (rico/feo, dulce/salado/amargo/ácido);
- *tacto* (suave, áspero, blando, duro, dolor, placer, frío/caliente);
- *oído* (fuerte/alto, melódico/ruidoso);
- *vista* (claroscuro, colores/blanco/negro, grande/chico, redondo/cuadrado)

-Práctica de juegos de:

- *reconocimiento* empleando un solo sentido (por ejemplo, de puré de banana, sólo con el gusto, con los ojos cerrados y la nariz tapada);
- *selección* (por ejemplo, color o perfume preferido);
- *asociación* (por ejemplo, "el conejito es blanco y suave como el...", o bien "el conejito es...y ...como el algodón ")

-El cuerpo humano:

- aprendizaje de los nombres de sus partes.

-Práctica de juegos de:

- *identificación* de partes del cuerpo en sí mismo, otra persona y dibujos o fotos (sólo en el hogar y en privado: se recomienda que las niñas puedan observar sus genitales mediante un espejo, ya que no son tan visibles como los masculinos; créase o no, muchas mujeres adultas que van a mi consultorio, jamás han visto su propia vulva de frente);
- *reconstrucción* de rompecabezas sencillos del cuerpo humano;
- *distinción* de varones y mujeres, y de machos y hembras, en ilustraciones.

El amor también se enseña

El amor no consiste sólo en caricias, besos, mimos y la satisfacción de las necesidades físicas -como el abrigo o el alimento- aunque, desde luego, los incluye como vía indudable, directa y preverbal de manifestarlo, así como lo son los gestos afectuosos que el bebé vea

prodigarse entre sí a quienes lo rodean -mamá y papá se abrazan, el hermano acaricia al perro- y comience a ensayar él mismo, como arrullar a su animalito de peluche.

Si bien acceden por los sentidos, estos y otros elementos van siendo registrados por el pequeño a nivel emocional y le proporcionan otra clase de placeres: seguridad, alegría, tranquilidad, confianza en sí mismo y el mundo. Esos otros elementos, más abstractos si se quiere, abarcan la duración y calidad del tiempo que se le dedica, la atención que se pone al "escuchar" sus deseos y necesidades (expresados, según la edad, median te el llanto, ademanes, gestos, media lengua o frases elaboradas), el juego, la música, la risa compartida, las muestras de respeto, la celebración de sus logros y, por supuesto, los límites y reprimendas que lo guían por el camino del desarrollo. Al respecto, cuando el niño domina el habla, es muy importante distinguir entre el disgusto y el desamor, asegurándole explícitamente que si los padres están enojados, aun con él -o tristes, preocupados, distraídos, malhumorados-, no han dejado de quererlo y jamás lo harán, y que lo mismo le sucede y sucederá a él con ellos, aunque a veces experimente rabia, por ejemplo, ante una negativa o la imposición de una penitencia.

Enseñar el amor no es, sin embargo, generar una escenografía idílica, sin roces, desacuerdos, discusiones eventuales u ocasionales tonos destemplados. Ninguna falsa construcción es suficientemente sólida para resultar impenetrable frente a la ávida percepción infantil, y un clima de disimulo no contribuirá, por cierto, a preparar al chico para la realidad. Lo que sí es inadmisibile, en una educación para el amor son las escenas de violencia y los castigos físicos dirigidos a los niños o realizados en su presencia.

Hablo aquí de la "familia tipo", pero no se me escapa que no todos los hogares están conformados de la misma manera: no siempre el padre convive con sus hijos; a veces hay un padre biológico al que se ve los fines de semana y otro hombre es pareja de la mamá; puede haber, o no, hermanos y hermanastros; casas donde viven sólo mujeres; madres que se ausentan por largos períodos; hijos adoptivos; chicos que pasan la mayor parte del día con los abuelos -y, por lo tanto, prácticamente son criados por ellos-; etc., y en cada caso se compensarán las diferencias o falencias recurriendo al sentido común. Este es un punto que los docentes, incluidos los de jardín de infantes, no deben descuidar: dado que junto con la inscripción del pequeño se entrega un formulario para completar con los datos fundamentales de su familia, la maestra a cargo considerará dichos datos cuando se aborden en el aula temas que podrían llegar a ser sensibles, como la preparación del obsequio por el Día del Padre, y estará dispuesta para responder a preguntas o inquietudes individuales.

En cuanto al tipo de muestras de afecto, los chicos deberán comprender que algunas que habrán presenciado en forma directa o mirando televisión, como los besos en la boca o las caricias eróticas, están reservadas a los adultos; el expediente no es tan complejo como puede parecer, pues en la mayoría de los casos basta con explicar que "son cosas que hacemos los grandes" (con la misma naturalidad y convicción con que nos referimos a enchufar un aparato eléctrico, encender el horno, utilizar un cuchillo o una tijera) y, sobre todo, porque con excepción de algún conato de juego imitativo, el mismo chico no se sentirá atraído por ellas.

Un rol en el mundo

Puede parecer obvio, pero no está de más recordar que el género de una persona excede su genitalidad. Aun si se dejan de lado los factores culturales de diferenciación -la vestimenta, por ejemplo- que, como tales, están sujetos a cambios, existen elementos estrictamente biológicos, y suficientemente perceptibles en los adultos -el timbre de voz, la distribución del vello, la calidad de la piel, los volúmenes musculares, la forma de las caderas y los hombros, la fuerza física, entre otros rasgos- que permiten al pequeño ir diseñando desde muy temprano un mapa relativamente claro de distinción sexual, en especial si en la casa hay una presencia más o menos estable de varones y mujeres, independientemente de que los padres estén separados. Es probable que en un principio identifique "mujer" con "mamá" y "varón" con "papá" (tío, abuelo, o cualquier otra figura masculina predominante en la familia), pero junto con el desarrollo del habla y el reconocimiento de sí misma/o como una u otro, tenderá a resumir sus conclusiones en el hecho simplificado de que "los varones -de todas las edades- tienen pene y testículos" y "las mujeres -de todas las edades- tienen vagina". Siempre, claro está, que haya tenido oportunidades

de comparar su propio cuerpo con otros del mismo y de distinto sexo, en vivo, dibujos, fotografías o la forma que sea accesible. (Como soporte didáctico, en casa y en el jardín, se recomienda utilizar, además de los libros que recomendamos al final del capítulo u otros similares, los muñecos y muñecas con genitales definidos que hoy existen en muchas jugueterías.)

Si la familia vive en zona rural o suburbana, o tiene alguna mascota, o puede visitar una granja, se ayudará a los más chicos a adquirir la noción de que todos los animales tienen diferencias sexuales notorias, no todas genitales (por ejemplo: "el gallo canta y la gallina cacarea"), criterios que se refuerzan con la grata experiencia de leerles libros y mirar juntos las ilustraciones. Un aprendizaje que los padres -y maestros- agradecerán haber encarado cuando se enfrenten -como veremos- a una de las preguntas infantiles que les resultan más inquietantes, es el de las palabras "macho" y "hembra" y su aplicación analógica a las partes salientes y entrantes de encastres, émbolos, tornillo/tuerca, tarugo/perforación, enchufe/tomacorrientes, etc.

Al contribuir a su identificación como varón o mujer, no se debe dejar de lado que los niños advertirán diferencias con los adultos y podrán temer que tal cosa se deba a que algo anda mal en ellos. Al respecto, algunas inquietudes que los pueden asaltar, las formulen o no (y que en cualquiera de los dos casos hay que responder de la misma manera, esto es: "porque sos chiquito/ a y él/ ella, grande") son, por ejemplo:

"¿Por qué, si soy varón como papá... no me crece barba?

...no tengo voz gruesa?"

"¿Por qué, si soy mujer como mamá... no tengo busto?

...no tengo pelo sobre la vagina?"

En esta fase de afianzamiento de la identificación sexual, se evitará impartir mandatos del tipo de los tristemente célebres "Los varones no lloran", "Las nenas tienen que ayudar a poner la mesa", "Las muñecas son juguetes de mujercitas", "Los hombres son desprolijos", "Las señoritas no juegan a la pelota", "Los varones no tienen miedo", capaces de dejar huellas indelebles que pueden aflorar en las conductas futuras y que no siempre se transmiten en forma expresa sino a través del comportamiento de los adultos. El ideal es que -aparte de las preferencias personales independientes del sexo- los niños puedan ver cómo papá y mamá intercambian y comparten roles *sin dejar de ser distintos*: ambos imponen reglas y límites, ambos son capaces de cambiar pañales, bañar a los hijos o llevarlos al jardín de infantes o a la plaza; juntos o por turnos, los dos cocinan, ordenan la casa, los cuidan cuando están enfermos, les leen cuentos y responden sus preguntas.

El misterio de la vida

También alrededor de los dos años aparece la curiosidad sobre la procreación, incentivada casi siempre porque mamá (o la maestra del jardín, o alguna tía), queda embarazada. Las primeras investigaciones suelen referirse a "de dónde **vienen** los bebés", y la respuesta puede limitarse tranquilamente a "de la panza de sus mamás" y ser reforzada con todo tipo de evidencias: hacer notar al niño cómo crece el vientre de la futura madre, permitirle palpar los movimientos fetales, mostrarle fotos o placas ecográficas de cuando mamá estaba embarazada de él o ella, mirar ilustraciones o hacer dibujos. El problema puede sobrevenir a algunos adultos frente a la segunda andanada de preguntas (a la que se ha hecho alusión más arriba), que consta de dos partes esenciales: "¿Cómo hace el bebé para **salir** de la panza?" y, la más inquietante, "¿Cómo **entró** allí?". La primera también es sencilla: si todavía no se ha enseñado al pequeño que la vagina tiene un orificio *cercano pero desvinculado* del meato urinario, ¡es el momento de hacerlo! Se aclarará, por supuesto, que dicha abertura es *muy flexible* y que a la hora del parto se dilata lo suficiente como para dejar pasar al bebé al exterior, *sin lastimar a la madre*, para después volver a su tamaño original. (Se pueden hacer demostraciones con algún objeto ajustable, como bandas elásticas de escritorio, o las que se usan para sujetar el cabello.)

La segunda respuesta requiere más elaboración y apela a conocimientos previos del chico. La metáfora de "la semillita de papá que se encuentra con la semillita de mamá" no por

tradicional es menos explícita, sólo que no es válida para niños que ignoran qué es una semilla. Este podría ser, entonces, el punto de partida: para el experimento se necesitan, precisamente, una semilla, una maceta y un poco de paciencia. Se hará observar al niño cómo, si introducimos la semilla en la tierra, la regamos y cuidamos², al cabo de cierto tiempo esta se habrá convertido en una plantita. Una vez demostrado el milagro de la vida, se podrá desarrollar sin problemas el símil con la reproducción humana, en el que la maceta representará "una bolsita que las mujeres tienen dentro de la panza, llamada útero, donde crece el bebé". Sólo faltará develar de qué manera el padre introduce la "semilla" en el vientre materno, para lo cual se aplicará el aprestamiento acerca de "machos" y "hembras" que sugerimos antes, recalcando de paso la identificación de macho con masculino y de hembra con femenino: se refrescará aquella noción y, utilizando por ejemplo un tornillo, al que llamaremos pene, y una tuerca, que representará la abertura de la vulva, se podrá dar una demostración muy gráfica del mecanismo del coito. Una vez más, es necesario asegurarle al pequeño que la maniobra *no lastima* al hombre ni a la mujer y que, por el contrario, a ambos les encanta; tanto, que no siempre que lo hacen es con el propósito de engendrar un hijo, sino por simple placer. En términos más infantiles: "Muchas veces el papá pone el pene en la vagina de la mamá, pero no le deja ninguna semilla, porque en esos momentos no quieren encargar un bebé; lo hacen nada más que porque les gusta, y es una forma que tienen *las personas grandes y sólo las personas grandes* (se insistirá en ello) de hacerse mimos y demostrarse que se quieren, como abrazarse y besarse".

Nadie vive en una burbuja

A menos que los adultos prestemos la debida atención al mundo que rodea a nuestros chicos, el propósito de ofrecer una educación sana puede ser violentamente interceptado *a cada minuto*. Los medios (en realidad, la televisión) son capaces de introducir elementos de alto poder desestabilizante, no sólo para la saludable evolución sexual, sino también para el desarrollo del sentido estético, de la captación de la realidad, de la interpretación de la agresividad... y muchos etcéteras.

Si bien existe un "horario de protección al menor" y también canales especiales para niños, todos sabemos que la promoción de programas para adultos se transmite en cualquier momento del día y que muchos de los dibujos animados considerados inocuamente infantiles tienen un exceso, si no de erotismo, al menos de violencia.

Lo ideal sería que a esta edad los chicos no fueran expuestos a la televisión, que por otra parte no les hace falta para nada. Pero esto es muy difícil, si no imposible. Fuera del desaconsejado hecho de que muchas veces el "chupete electrónico" es empleado voluntariamente para mantener entretenidos a los hijos, basta con que los adultos miren TV para que el sonido y las imágenes en movimiento atraigan inevitablemente la atención de los menores, aunque no se interesen ni comprendan lo que ven. Lo mejor que puede sugerirse, entonces, es seleccionar lo que verán, no dejarlos solos con el televisor, cambiar la sintonía cuando se avecina una escena inconveniente y estar listos para dar explicaciones, consuelo o seguridad si de todos modos alguna de ellas escapa al control adulto, por ejemplo una noticia policial con heridos o muertos, el anticipo de una serie que se emitirá a las 10 de la noche con la proyección cruenta de una cirugía -algo muy habitual hoy, gracias a la moda de los *reality shows*- o de una explícita escena de cama que, para el criterio infantil, más se parece a una lucha que a un intercambio de amor.

Material de apoyo

En el primer ciclo de esta etapa se puede apoyar la apreciación de sensaciones y el desarrollo afectivo a través de muñecos, animalitos de peluche, juguetes con texturas y sonidos.

Para el segundo y el tercer ciclos se sugieren, en general, cuentos que giren en torno al nacimiento de bebés y distintos animales; libritos con dibujos de machos y hembras de todas las

² El experimento servirá, de paso, para afianzar la adquisición de responsabilidades, el respeto por toda forma de vida, y el desarrollo de la capacidad de asociación y deducción.

especies; muñecos con genitales; coplas, canciones y poesías sobre las partes del cuerpo; y algunos libros, como *Descubriendo mis cinco sentidos* (Ed. Sudamericana, Bs. As., 2005).